La burbuja del tiempo

José Gordon

El experimento sucede en el año 2017. Un grupo de personas que tiene aproximadamente setenta y cinco años se reúne en una casona de la colonia Condesa. Los rostros cansados, los cuerpos frágiles y encorvados, el temblor de las manos reflejan el paso del tiempo.

Cuando se cierran las puertas se abre otra época: las paredes están decoradas con pósters psicodélicos: la imagen de una muchacha bailando en minifalda es el vórtice de bandas que ondulan alternadamente entre el rojo y el morado; en otro cuadro se aprecia un retrato de familia: el Club de los Corazones Solitarios del Sargento Pimienta, encabezado por los Beatles que visten uniformes de seda verde limón, rosa mexicano, azul turquesa y naranja. En la radio, en la estación de La Pantera, se escucha una melodía de los Doors. Sobre la mesa de centro están desparramadas las novelas *Cambio de piel*, de Carlos Fuentes; *Morirás lejos*, de José Emilio Pacheco; *El garabato*, de Vicente Leñero; un ejemplar maltratado de *De perfil*, de José Agustín; los libros de poemas *Blanco*, de Octavio Paz; *Perséfone*, de Homero Aridjis y la *Poesía mexicana del siglo xx*, de Carlos Monsiváis.

—¡Bienvenidos a 1967! —exclama uno de los doctores que conduce el experimento. Da instrucciones al grupo:

—Durante la semana que estarán en esta casa queremos que hablen en tiempo presente, que se refieran a lo que vivieron en ese año como si fuera hoy. Les voy a pedir que cuando se presenten no enseñen sus fotografías actuales. Muestren las fotografías de la época que les solicitamos traer. Desde este momento toda referencia a familia, amigos y trabajos se debe circunscribir a este año. Desde este momento, el tiempo ha regresado para quedarse. ¡Paz y amor! —dijo, mientras sus manos dibujaban la v de la victoria.

Durante el experimento, las discusiones en grupo se centraron en la política, hechos y personalidades del 67. Se habló de Díaz

Ordaz y de su intento de ocultar la realidad mexicana mediante la celebración de las Olimpiadas, del padre Lemerrier y el psicoanálisis de sus monjes, de Hermann Hesse y del encuentro entre Oriente y Occidente. En la televisión pasaron el programa musical *Orfeón a go go* y se armó la polémica sobre los mejores grupos de *rock* mexicano: que si Bátiz, que si los Dug Dugs, que si Three Souls in my Mind. Se proyectó la mejor película de la reseña recientemente exhibida en el cine Roble, *El sirviente*, de Joseph Losey.

Al terminar la semana, se midió la forma en que se metabolizaron estas experiencias y se compararon con las mediciones llevadas a cabo antes y durante el retiro. El resultado: se invirtieron ciertos signos de envejecimiento. La memoria mejoró, así como la destreza manual. Eran más activos y autosuficientes (en vez de esperar ayuda, ellos mismos tomaban sus alimentos y limpiaban sus mesas). Esto era de esperarse en personas de edad que gozan de unas vacaciones. Sin embargo, otros parámetros que se consideran irreversibles también comenzaron a cambiar. En las fotografías de antes y después del experimento era notorio que los rostros se veían más jóvenes, con menos arrugas. ¿Sería verdad? Jueces independientes las calificaron. Su veredicto: pertenecían a personas tres años más jóvenes. La medición de las manos mediante rayos x mostró que los dedos se habían alargado, la densidad de los huesos había cambiado. También se recuperó más flexibilidad en las articulaciones. El grupo se sentaba más erguido, tenía un apretón de mano más firme y podía ver y oír mejor.

El grupo de control del experimento (al tanto de las noticias, películas, hechos y música del año 2017), situado en otra área de la casona sin comunicación con los que vivían la atmósfera del 67, sólo habló del pasado en tiempo pasado. Mostró algunos signos de recuperación física pero en un grado menor. Sus mediciones de destreza ma-

nual y extensión de los dedos incluso declinó durante el experimento.

Al terminar el retiro, la burbuja reventó. El grupo de los viejos rejuvenecidos salió un viernes por la tarde de la casona de la Condesa; para el lunes a mediodía, las nuevas mediciones mostraban que ya había regresado al envejecimiento de antes. La percepción social los había regresado al tiempo en el que ya no se sentían jóvenes y apreciados.

El experimento aquí narrado, trastocado en tiempos y espacios, fue realizado en 1979 en el Departamento de Psicología de Harvard por un equipo de investigadores encabezado por la profesora Ellen Langer. El escenario fue una residencia en medio de un bosque en Nueva Inglaterra. El grupo fue integrado por voluntarios de más de setenta y cinco años a quienes se les ofreció —mediante un anuncio en el periódico— una semana de vacaciones gratuita. La época en que fueron instalados fue 1959. Se hablaba de Castro, Eisenhower, Marilyn Monroe y Mickey Mantle. Se exhibía la película *Anatomía de un crimen*, de Hitchcock, la radio tocaba música de Elvis Presley y las mentes se remontaban a una atmósfera que toda juventud piensa que respirará por siempre. A eso se le llama sentirse joven. Pero luego viene el desgaste físico, vemos que todo envejece y también envejecemos con lo que observamos. El gran sabio hindú Shankara decía: “La gente envejece y muere porque ve que otra gente envejece y muere”.

No obstante, todos conocemos algunos viejos que siguen siendo jóvenes por dentro (e incluso por fuera), que no se asocian a lo perezoso aunque saben que la vida cambia y que uno de esos cambios es lo que denominamos muerte. Su vitalidad, inteligencia y sentido del humor tienen un horizonte que parece estar más allá de lo que vemos. Ven algo que no vemos. Tal parece que viven eternamente el 59, el 67 y cada minuto de existencia. **U**